

**LA NOVELA DESDE LA HISTORIA
DE LAS MENTALIDADES:
LA CALLE DE VALVERDE, DE MAX AUB**

Alfonso Rangel Guerra

La *calle de Valverde*, de Max Aub, se publicó por primera vez en 1961,¹ cuando el autor tenía 58 años de edad. No se ha encontrado ninguna referencia a la época en que se escribió, pero puede suponerse que fue poco tiempo (años) antes de esta edición. Sus páginas recrean la época de la dictadura del general Miguel Primo de Rivera, iniciada el 15 de septiembre de 1923 y concluida el 28 de enero de 1930. Cuando comienza la narración, han pasado ya tres años de dictadura. Por una mención expresa el comienzo de la novela ocurre en 1926, tres años después de iniciada la dictadura y aunque no hay referencia al mes, se habla en las primeras páginas de la clausura del Parlamento, lo que ocurrió el 5 de septiembre de 1926. Puede estimarse que la novela empieza en ese mes y año.²

¹ Max Aub, *La calle de Valverde*, Colección Ficción, núm. 26, Universidad Veracruzana, Xalapa, Veracruz, México, 1961. Dicha edición fue la utilizada para este trabajo.

² “Las luces municipales no pasan todavía, ahora, en 1926, de las farolas de gas...”, p. 35.

La calle de Valverde es una recreación de los años de juventud del autor. El año de 1926 Max Aub contaba 23 de edad y en esas fechas ya se ostentaba como escritor, pues al hablar de las tertulias del “Regina”, a la que asisten los personajes del ámbito literario, se menciona dos veces entre los escritores asistentes. En su *Diario* escribió Max Aub:

Las últimas pruebas de *La calle de Valverde*. De todos estos retratados, compañeros o conocidos de juventud, no queda casi nadie. Muertos a mi edad, ¿quién los identificará en la pequeña parte que les toca? Los que lean inventarán. No tiene remedio, ni por qué tenerlo.³

En realidad, no hizo falta que llegara el momento de su muerte, pues editada la novela en México y sin dejar mención expresa de cada uno de esos compañeros y amigos por sus nombres, ya era imposible reconocerlos en el mismo año de la edición. De aquellos conocidos y compañeros de juventud, muchos fueron condiscípulos del Instituto Luis Vives de Valencia: Fernando Dicenta de Vera, Rafael Duyos, José Gaos, Juan Gil Albert, Genaro Lahuerta, José Medina Echeverría, Pedro Sánchez, Manuel Zapater y otros.⁴ Como lo dijo el mismo Aub, ya es imposible identificar a estos amigos en los personajes de la novela, lo que es congruente con sus propias ideas, pues en varias partes dejó testimonios de que no es posible restituir el pasado; y aunque no lo dijo así, podría afirmarse que pensaba que todos estamos condenados al olvido. ¿Por qué, entonces, ponerse a la tarea de reconstruir la época de su juventud? Quizá aquí merecen hacerse dos consideraciones: la primera es que el olvido de las personas y sus nombres no significa que se olviden las ideas que con ellas cobraron vida en una época determinada, y el

³ Max Aub, *Diarios, 1958-1960*, edición, estudio introductorio y notas de Manuel Aznar Soler, CONACULTA, México, 2002, p. 201.

⁴ Consuelo Ciscar Casabán, “Los recuerdos de Valencia de Max Aub”, *El universo de Max Aub*, Generalitat Valenciana, Valencia, 2003, p. 23. Catálogo de la exposición del mismo nombre.

paso de las generaciones va arrastrándolas en el proceso del tiempo. O bien, puede ocurrir que las ideas se recuperen mediante la investigación o la reconstrucción históricas. Recogerlas en un texto es propiciar que cualquiera de esos dos fenómenos se cumpla. En cualquier caso, la escritura lleva siempre consigo la significación de la memoria y del valor que ésta tiene, en la permanente tarea de identificar cómo va constituyéndose en el tiempo la historia humana.

La calle de Valverde, concebida a partir de los propios recuerdos del autor, no tiene propiamente un inicio, desarrollo y desenlace, es decir no es una historia que se cuenta en sus páginas y concluye al término de la novela, sino un conjunto de pequeñas historias identificadas con las vidas de algunos personajes. En estos casos asistimos al desenlace de algunas de esas historias; otras quedan incompletas y en algunos casos hay personajes de los que solamente conocemos lo que ocurre en los momentos en que están presentes en estas páginas, como presencias pasajeras que complementan las otras o ayudan a integrar una determinada circunstancia. La novela, como ya se dijo, comienza en el otoño de 1926 y termina aproximadamente un año después, sin que haya concluido la dictadura del general Primo de Rivera. Escrita con gran economía de lenguaje, describe en muy pocos casos los ambientes en los que se desarrollan las historias y en general predominan los diálogos, muchos de ellos de frases muy cortas, reveladoras quizá de una forma de ser española, proclive a la confrontación y aun a la contradicción en las posturas o las ideologías de quienes las ostentan, actitudes muchas veces apoyadas en meras opiniones expuestas en la expresión de sentimientos imperantes, a pesar de referirse a situaciones merecedoras de un sustento teórico desarrollado en los propios parlamentos. El novelista, autor de novelas, cuentos, ensayos, crónicas y teatro, tuvo siempre, desde sus años iniciales de escritor, una manifiesta inclinación por el género teatral y de esto deja amplios testimonios en la novela, construyéndola a partir de largos

diálogos, muchas veces armados con parlamentos breves de una, dos o tres palabras. Los personajes son los habitantes de la calle de Valverde, sus amistades, las personas con las que se relacionan, van a visitarlos o mantienen una comunicación con ellos. Pertenecen a todas las clases sociales y a todas las edades, desde la juventud de los años estudiantiles hasta las edades mayores.

Concebida como una obra de reconstrucción de una época, o mejor como una reconstrucción de las ideas imperantes en una época, en sus páginas vamos encontrando posiciones ideológicas de izquierda y de derecha, planteamientos de intelectuales en torno al tiempo que se vive, reflexiones de todo tipo sobre la vida, la sociedad, los valores morales imperantes, las costumbres, la crítica literaria de y sobre escritores, referencias a posiciones y tendencias políticas y también, evidentemente, sobre la monarquía y la dictadura. Sin pretender agotar la presencia de tan variada posibilidad en el contenido de esta novela, a continuación se presentan algunas de las ideas expuestas a lo largo de sus páginas y de los personajes que las externalizan, las viven o las critican.

La cultura como liberación de los oprimidos

Los primeros personajes de *La calle de Valverde* integran la familia de Fidel Muñoz, cajista, con horario nocturno. Viudo, vive con su hermana y su hija Margarita. Este obrero mantiene su casa en los principios de la honestidad y el trabajo y se opone a que su hija trabaje en el salón de baile, por parecerle incorrecta esta actividad. Admirador de don Julián Besteiro, es socialista y expresa sus ideas. El diálogo con la hermana deja entrever cuál es su posición. Hijos de actores, Fidel Muñoz y su hermana algo conocen de la vida teatral, pero saben el valor de la instrucción y el poder de las letras. Reconocer que Margarita la hija es sólo una modistilla, da pie a los reclamos de la hermana, por no haberle dado una carrera a la muchacha, lo que provoca la reflexión de Fidel:

Una punzada, cada vez que se acuerda o se lo echa su hermana en cara. Una carrera, aunque fuese de maestra nacional: una carrera, la ilusión ilustrada. Ser alguien; la cultura lo remedia todo. ¡Hay de los ricos el día que el pueblo –todo el pueblo: el carnicero, el albañil, el basurero, el peón, la costurera– sepan leer de corrido! Entonces acabarán todas las desigualdades. El que tiene una carrera ya anduvo más de la mitad del camino, dándoles alcance a los señoritos, poniéndoles el pie donde más les molesta: esa diosa que rige el universo...Y no digamos cuando mandemos nosotros.⁵

Esta visión ingenua de la superación social a través de la instrucción, la cultura como niveladora de las desigualdades de la sociedad, fue convicción sostenida a lo largo de los años. Se ha mantenido, con variantes de significación, en el principio de que el derecho a la educación permitirá a los menos favorecidos la movilidad en el cuerpo social. Sin embargo, la idea de aquellos años llevaba consigo la convicción de que se alcanzaría la justicia social por medio de la cultura.

Localismo y regionalismo

En la Segunda Parte aparece la familia Miralles. El padre, Daniel Miralles, pintor valenciano, retratista, reconoce el valor del otro pintor valenciano, Sorolla, pero se ve disminuido por esta poderosa presencia en el mundo de las artes y la pintura de su país. Tal situación la considera injusta, pues nunca se quitará de encima esta figura de su tiempo y por la circunstancia de que Sorolla y él sean contemporáneos. Los otros miembros de la familia son su mujer, Clementina, que había sido sirvienta en la casa donde vivía el pintor y con el matrimonio había ascendido a una posición de clase media, de quien se mostrarán actitudes relacionadas con el honor, los celos y el prestigio social. También están sus hijas Paquita e Isabel, la primera novia del periodista andaluz Manuel Cantueso y la menor,

⁵ Pp. 19-20.

visitada por Joaquín Dabella, de quien conoceremos su vida a lo largo de la novela. En las referencias al oficio de la pintura, visto a través de las ideas de Daniel Miralles, se deja sentir el desdén del pintor por todo lo catalán:

Como a muchos valencianos, sin admitirlo públicamente, le molestaba lo catalán, su deseo de independencia —en todos sentidos—; no por las diferencias sino por la identidad. En Castilla no se sentía conquistado sino conquistador, mientras que en Cataluña hasta su idioma vernáculo le sonaba a dependiente, aun a cierto aire protector, que no sólo él resentía.⁶

Este sentimiento regionalista trasciende, obviamente, el campo de la pintura y debe ser una manifestación propia del Levante español, sin repetirse en las otras regiones del país. Es posible que el propio autor lo haya escuchado en sus años en Valencia y lo recoja en estas páginas memoriosas.

Visiones diversas de las relaciones y costumbres sexuales

Con el grupo compuesto por la familia Miralles y sus amistades, se inicia la presentación de un conjunto de ideas y puntos de vista, actitudes y conductas, de diversos personajes de la novela, con referencia a la relación de ambos sexos, bien por circunstancias de diferente clase social, o por “machismo”, por decisiones propias al margen de los hábitos o normas sociales, o incluso por amor. Así los juicios que sobre la relación hombre mujer tiene Clementina, la esposa del pintor Miralles y madre de Paquita e Isabel. La primera de las hijas, en relación de noviazgo con el periodista andaluz Manuel Cantueso, provoca una reacción de rechazo por parte de su madre, porque ésta considera que su hija debe casarse con otro tipo de persona, no este periodista que vive al día y del que descubre, al ir a su casa para pedirle que ya no se pare en la suya, que tiene amoríos con su casera, de nombre María Luisa. Todo lo que obtiene

⁶ Pp. 42-43.

Clementina es un gran escándalo y el desinterés de su hija Paquita al enterarla que su novio es amante de su casera. “Con alguien tiene que hacerlo”, le responde la hija, y si es con una vieja, mejor. En este conflicto prevalecen las ideas de Clementina, que poco influyen en la actitud de Paquita. En su historia personal, Clementina había tenido relaciones con un gañán de su pueblo, lo que motivó a su tía abuela para enviarla a Madrid. Aquí Clementina, que “no ignoraba nada de lo referente a lo único a que ha venido la mujer al mundo, según un concepto universalmente aceptado”,⁷ se fijó en Daniel Miralles, hospedado en la casa en la que fue a servir y acabó casándose con él después de concederle sus favores. A pesar del pasado en la vida de Clementina, o quizá precisamente por esto, adquirió un alto concepto de la honorabilidad desde el día de su boda: “El que alguien pueda suponerla capaz de la más leve falta a la moral, en sus trabajos y en sus días, o presa del menor pensamiento pecador, la hiere tan a lo vivo, le trastueca los humores de manera tan violenta que se lanza como una fiera sobre María Luisa”,⁸ porque ésta pensó que su amante Manuel tenía líos con ella. Al finalizar el episodio de Clementina y su hija Paquita, cambia la escena con ésta y su hermana, quienes hablan en privado de lo ocurrido, y bruscamente se introduce un largo parlamento de don Pedro Mourlane Michelena, periodista de Bilbao,⁹ “a las órdenes de Indalecio Prieto, de quien difiere de todo en todo.” Lo que dice don Pedro se refiere a las mujeres:

–Las mujeres, a solas, entre ellas, se tienen confianza, están presididas por el sexo. Sin conocerlo lo engrandecen, haciéndose ilusiones. Luego –a ratos– sienten cierto desprecio por él. Siempre creen más. Es su gran diferencia con los hombres. Calzan un punto mayor, siendo más pequeñas. Sienten decir que son más realistas, ¡bah! viven con la imaginación, noveleras. La novela nace de la mujer. En Oriente. Del Sol. Es decir, del sexo. Las novelas son los libros sagrados de las mujeres, luego los hombres se dejan enredar.

⁷ P. 44.

⁸ P. 54.

⁹ Reconocido como ensayista. No se pudo obtener de él ni la bibliografía ni fechas de nacimiento y muerte.

Y concluye “Las mujeres...Ninguna resiste cinco minutos, bien cabalgadas, por más que no quiera.”¹⁰ Este “ideario” de Pedro Mourlane Michelena deja ver una idea superior del hombre sobre la mujer, en cuanto a visión de la vida y el mundo, pero la virtud de las mujeres es saber “enredar” a los hombres. Paquita y Manuel Cantueso, el periodista andaluz acaban casándose, fracasa el matrimonio y ella espera un hijo. El periodista, muy seguro de sí mismo, nunca dudó en casarse con Paquita aunque para ello tuviera que pedir prestado, cumpliéndose finalmente las situaciones derivadas de la actitud de Manuel Cantueso, desprendida de una visión donde prevalece la libertad del hombre a pesar de todos sus compromisos.

Un caso típico de la mujer sometida por el poder social y económico del hombre es María Luisa, la casera y amante de Manuel Cantueso, quien tuvo relaciones con Joaquín Dabella padre quien dispone, en un acto unipersonal derivado de su posición económica, que ella se case con Abelardo, que finalmente acabará suicidándose después de llegar al convencimiento de que no sirve para nada y no le hace falta a nadie. Esta autovaloración seguramente, se repitió en varias ocasiones, generándose incluso la situación de agradecer al protector poderoso su generosidad al imponer su decisión y arreglar su matrimonio.

Una visión diferente del problema de las relaciones hombre mujer, la ofrece el diálogo del obrero Fidel Muñoz, padre de Margarita, con Joaquín Dabella, novio de su hija. Fidel Muñoz es el obrero que al inicio de la novela expone su idea de la cultura. Dabella, que visitaba a Isabel Miralles, conoció en un salón de baile a la hija de Muñoz, donde finalmente ésta entró a trabajar. Joaquín quiere ponerle a Margarita un piso, pero sin vivir con ella. El crimen ocurrido en la calle Valverde (suceso que está relacionado con la oposición a la dictadura) propició el encuentro del obrero y el joven. Joaquín habla con el padre de Margarita, que lo reconoce como novio de su hija. Fidel Muñoz va directamente a la exposición de su postura:

¹⁰ P. 71.

“–Usted es un señorito y mi hija una obrera.”¹¹ Cuando el joven le comunica al padre de la muchacha su intención, Muñoz le dice que no puede ser. “–Porqué?” “–Porque usted es de una clase y mi hija de otra.”¹² Y más adelante en el diálogo, añade Muñoz: “–Pero hay cosas que no se pueden borrar. Las clases son las clases, y de ahí no me sacará.”¹³ La posición del padre no se movió. Esta visión tan categórica del obrero, propiamente no contradice lo que antes dijo de la cultura como camino de liberación de los oprimidos. La superación de las clases se dará sólo por esta vía, o por la revolución o por cualquier acción que borre las diferencias. Pero mientras éstas existan no puede aceptar que su hija tenga relaciones con un señorito.

Cambian los personajes y también el proceder en este tipo de relación. Ahora los protagonistas son José Molina, estudiante, y Gabriela Morones, casada con Juan Ruiz, médico y miembro del Partido Comunista. A Molina se le ha metido en la cabeza que Gabriela ceda a su requerimiento de relaciones, pero ella lo rechaza siempre. Los piropos y la expresión manifiesta de lo que desea Molina, sólo provocan en la joven negativas tajantes. Gabriela y su hermana Luisa viajan a Valencia y Molina las sigue. La insistencia de éste continúa y finalmente Gabriela cede, más por reacción contra su marido que por atracción física hacia Molina. La relación continúa por algún tiempo y se vuelve costumbre, hasta que Gabriela se embaraza. A petición de ella Molina consigue a alguien que provoque el aborto y éste se realiza sin problemas. A partir de entonces la relación termina. Todo se redujo a un capricho del estudiante y a una aceptación femenina animada como reacción contra el marido, pues en ningún momento hay manifestaciones apasionadas de él o de ella y todo transcurre en un ámbito de actitudes ajenas a problemas morales, o de principios de orden familiar o social.

¹¹ P. 256.

¹² P. 257.

¹³ P. 258.

Rogelio Muñoz es un estudiante de medicina que se enfrentará a una situación completamente diferente. Viaja de Salamanca a Madrid para hacer su carrera de Medicina. Aquí embaraza a la sirvienta y ésta tiene una hija. Cuando el padre del estudiante se entera que tiene una nieta, viaja a Madrid para obligar a su hijo a casarse con la sirvienta y por este respeto del padre a los principios morales y sociales, Rogelio Muñoz se ve sometido a una situación no deseada. Él siente atracción por Marta, una joven que se mueve en el grupo estudiantil, pero la decisión paterna lo conduce al aislamiento.

Victoriano Terraza, el joven que llegó de Valencia con una carta de Jaime Bordes y visitó a Carlos Santibáñez, el director de periódico, escribe versos y tiene la pretensión de publicarlos en la *Revista de Occidente*. Lo rechazan por conducto de Benjamín Jarnés y va a emborracharse. Llega a la portería de la calle de Valverde y encuentra sola a la Cerrilla, joven ignorante a la que lleva a la cama y viola. En la confusión mental en que Victoriano se encuentra después de este acto, concluye que lo que hizo a la Cerrilla se lo hizo a la *Revista de Occidente*.

Otra actitud encontramos en Joaquín Dabella, el estudiante novio de Margarita, que le pone un piso, aunque no vive con ella. Aquí la muchacha es la que quiere tener relaciones con su novio, pero éste mantiene su palabra de no tocarla, como lo manifestó desde que tomó la decisión de ponerle el piso a su novia. Ésta, que no había recibido de Joaquín la respuesta esperada, conoce a Álvaro Rebolledo y se acuesta con él. Al día siguiente se lo dice a su novio y éste decide suicidarse y falla en el intento. Después sabremos que su problema consistía en padecer la condición que se conoce como “criptorquidea” (tener un sólo testículo), pero su padre, después del fallido suicidio, le dice que eso no es problema, que él también lo padece y que ha funcionado bien. La novela termina con Joaquín en París, a donde va a buscarlo su novia Margarita. De esta historia merece destacarse, más que la actitud de la joven, la de Álvaro

Rebolledo como un sujeto poderoso, con automóvil y recursos, que fácilmente somete a Margarita.

Finalmente queda la historia de Manuel Aparicio, intelectual y poeta, que se empeña en obtener de Marta una respuesta favorable a sus intenciones de que viva con él. Ella (a la que desea Rogelio Muñoz) lo rechaza siempre. Morfinómano, Aparicio convierte su propósito en obsesión y esto lo lleva a exigir a Marta que se vaya con él. Al negarse ella y desasirse de su brazo después de que Manuel pretendió llevársela por la fuerza, él saca la pistola y le dispara por la espalda, matándola, para después darse un tiro en la boca.

Evidentemente no en todos estos casos hay manifestación de ideas o planteamientos referentes a la relación hombre mujer. Sin embargo, puede afirmarse que cada una de estas actitudes lleva consigo una posición, si no propiamente teórica, sí referida de alguna manera a la situación del hombre y de la mujer en sus relaciones íntimas, y de los efectos sociales o familiares resultantes. La idea del hombre como ser dominante prevalece en casi todas estas historias, con variantes derivadas de la condición social o familiar de la mujer en cada caso. No obstante, puede observarse en las figuras femeninas una franca actitud de liberación, o bien de disposición a ella, si se toma en cuenta que todavía en la sociedad española de principios del siglo veinte la mujer estaba sometida, cualquiera fuera su condición social, a la imposición de las normas rígidas de la Iglesia, o de la sociedad misma y sin duda también a las de la familia. Puede añadirse que sin excepción, o quizá con la única de María Luisa, la casera y amante de Manuel Cantueso, que quiere irse a un convento después del suicidio de su esposo, las decisiones de estas parejas se cumplen al margen de las disposiciones de la Iglesia, situación explicable si se toman en cuenta los ámbitos intelectuales y de izquierda en que se mueven la mayoría de ellas. Otra explicación podría ser que estas situaciones ocurren porque las personas involucradas cubren sólo los formalismos eclesiásticos y estos no alteran sus vidas personales. En todo caso, prevalece la imagen de la

mujer liberada, aunque la del hombre corresponda en la mayoría de los casos a la tradicional actitud del “machismo”.

Monarquía y dictadura

El mundo del periodismo también está presente en *La calle de Valverde* y es ocasión para que se expongan ideas sobre aspectos nacionales, culturales, políticos y de todo tipo. Quizá el principal personaje de este ámbito sea Carlos Santibáñez, director de periódico. A media novela aparece en su oficina, acompañado de Hope, un periodista norteamericano que algunos críticos han identificado con Ernest Hemingway. La primera intervención en esta escena es de Santibáñez, al referirse a la monarquía y la dictadura: “La Monarquía no resistirá la caída de la Dictadura”,¹⁴ afirma el periodista y añade que Primo de Rivera acabó con la oligarquía. El diálogo se mantiene con diversas opiniones, entre las que sobresale la idea de que la dictadura pueda generar otra dictadura. Pero se impone la opinión de Santibáñez: “Un dictador no engendra descendencia: es lo único bueno que tiene.”¹⁵ La conversación deriva a otro tema, relacionado con el ser de los españoles, que se verá en otro apartado de este trabajo.

Ideas sobre la revolución

El tema de la dictadura y su permanencia da pie a exponer ideas sobre la revolución, preguntando el norteamericano Hope si no se considera posible una revolución.

Una revolución no se hace ni se impide: es, surge, está ahí, de pronto. Tiene sus razones –nadie lo puede dudar– pero de ahí a organizarlos va mucho camino. Otra cosa es el cuartelazo, el pronunciamiento. Pero eso no son revoluciones. Si mañana a fuerza de conspiraciones de guardarropía, se proclama la república, tampoco será una

¹⁴ P. 181.

¹⁵ *Ibidem*. Debe entenderse que un dictador no engendra como descendiente otro dictador.

revolución. Las revoluciones las hacen los pueblos. Y para que tengan éxito es necesario que coincidan, en el tiempo, con unos dirigentes que sepan aprovechar su empuje. Eso se ha dado pocas veces en la historia. A veces, las menos, hay dirigentes. Las más se levantan las masas –de campesinos, de soldados, de obreros– y no hay quien los sepa llevar adelante.¹⁶

Estas son propiamente ideas del narrador, pero pueden aceptarse como ideas de la época en que transcurre la novela, si se toma en cuenta que son tiempos de dictadura, surgida de un pronunciamiento militar y no propiamente de una revolución, cuyas características, como se apunta en el texto de la novela, remiten a un fenómeno social distinto. Esto se complementa con lo afirmado en el apartado anterior, en el sentido de que un dictador no deja descendencia.

La acción policíaca durante la dictadura

Surge un nuevo personaje en la novela, Victoriano Terraza (ya mencionado antes en este trabajo) procedente de Valencia con cartas de presentación para distintas personas del medio literario y cultural madrileño, quien visita al periodista Carlos Santibáñez, a Salvador Pérez del Molino y Luis Rodríguez Muro, socialista. Al llegar al departamento de éste, lo recibe un sujeto y lo pasa con otro, identificándolos inmediatamente el autor como policías. Uno de ellos, el más bajo de estatura, es el inspector Zapata. Va directo a lo que le interesa: “¿Usted es amigo de Unamuno?” A este nombre le siguen los de Santiago Alba, Jiménez de Asúa, Francisco de Cossío.¹⁷ A ninguno conoce el recién llegado y pocas páginas más adelante, dirigiéndose éste al Café “Regina”, donde espera ver a Cipriano Rivas Cherif, concluye: “Los intelectuales siempre son enemigos del régimen.”¹⁸ En el “Regina”, Terraza reconoce a Valle-Inclán, Enrique Díez-Canedo, Bello, Araquistáin. Díez-Canedo pregunta

¹⁶ Pp. 184-185.

¹⁷ P. 162.

¹⁸ P. 164.

al joven por escritores y artistas de Valencia: Genaro Lahuerta, Pedro Sánchez, Max Aub (este último se autocita dos veces en su novela). Victoriano Terraza se sitúa, sin pertenecer propiamente a ella, en la oposición. Apenas había pasado el incidente con la policía en el piso de Rodríguez Muro y ya se dice a sí mismo que es opositor al régimen. Es, sencillamente una actitud convencional para moverse en los diversos medios. Por eso el autor deja al final una observación sobre Terraza: “Avisor, olfateaba el camino.”¹⁹ La sola mención a lo que pensó Victoriano Terraza sobre los intelectuales y el régimen, es suficiente para dar sentido a todas estas páginas en relación a la dictadura y los escritores. Estas escenas se repetirán en varios momentos de la novela, lo que es explicable tomando en cuenta el carácter de los personajes y el tiempo en que se desenvuelve la narración. No obstante, la conclusión de Victoriano Terraza después de ser interrogado en el piso de Rodríguez Muro, debe tomarse en la medida justa, pues la dictadura de Primo de Rivera nunca estableció una atmósfera tensa o de conflicto con los intelectuales. Todo esto se percibe con claridad a lo largo de las páginas de *La calle de Valverde*.

Forma de ser del español

Como ya se dijo, en el ámbito periodístico se desbordan los temas. Uno, obligado, es el referente a los españoles. Max Aub pone en boca del director del periódico, Carlos Santibáñez, un cúmulo de ideas sobre lo español y los españoles. En la conversación participan Sebastián Orozco, secretario de redacción del periódico y quien hace la entrevista a ambos es el periodista norteamericano Hope, al que ya nos referimos antes. Todo acaba por ser casi un monólogo en boca de Santibáñez. Éste parte de la afirmación de que en España, la fuerza que todo lo mueve es la envidia, pues –dice– todos se envidian entre sí:

¹⁹ P. 193.

El comerciante envidia al industrial, el industrial al comerciante, el vasco al catalán, el catalán al vasco, el murciano al valenciano, el valenciano al madrileño, el terrateniente al aristócrata, el aristócrata al banquero, el banquero al político. Baroja a Ortega, Ortega a Unamuno, Unamuno a Ortega. Bueno, eso de Ortega no: Ortega envidia a Goethe, digamos. Aquí el único que no envidia a nadie es Primo de Rivera, por eso está convencido de que nos hace felices.²⁰

En esta cadena de envidias, donde intervienen oficios, regionalismos, escritores, estratos sociales, posiciones económicas, nadie escapa a este juicio universal que propiamente es de Aub. El pecado de la envidia se sobrepone al de la vanidad y el del orgullo. A la envidia añade Aub otros elementos, como la generalizada pretensión de poder ocupar los puestos más altos, unida a la de sentirse genios; y cuando Santibáñez afirma que todo el mundo sueña con ser el presidente del Consejo de Ministros y el periodista Hope le contesta: “—Empezando por usted”, Santibáñez contesta rápidamente y con absoluta certeza: “—Desde luego”, añadiendo en seguida que esto ocurre porque todos se creen genios. El periodista le señala que exagera y Santibáñez añade otro elemento a los varios que ya han sido señalados a la caracterización nacional: la exageración: “—Dejaría de ser español si no lo hiciera.”²¹ Y surge después otra característica de lo español: todos contra todos, actitud ante la que desaparecen las clases, pues lo que se busca es hundir al vecino. Pero esto no es una meta, sino justo lo contrario y republicanos, monárquicos o carlistas actúan tibiamente aunque se trate de lo propio. La conclusión es que si a Primo de Rivera lo dejaron hacer, fue porque se decidió a hacer algo. Y practicando uno de los elementos característicos de lo español, Max Aub a su vez exagera al hacer decir a su personaje: “—España, Hope, es un gran casino. Mandan los señoritos porque mandaban antes, y todos obedecen, obedecemos.” No sabemos lo que somos, añade Santibáñez ¿Y cuán-

²⁰ P. 182.

²¹ P. 182.

do España empieza a ser España? Cuando tiene sus primeras colonias, “Es decir, cuando lleva a otras tierras su ser fundamental de ser colonia.” Para concluir afirmando que Alfonso XIII no es rey, sino virrey.

Hay otra visión del ser del español, que se presenta en la última parte de la novela. Dicha visión procede de André Carillón, hispanista francés estudiando en Madrid, de quien aparece su correspondencia con Jean Richard. La primera carta es del 13 de julio de 1926, en la que se contienen tres referencias a la realidad española: la primera está dirigida a retratar el modo de ser de los españoles, la segunda se refiere a la Dictadura y la tercera a la situación existente en las letras y la cultura españolas del momento. En este apartado nos ocuparemos de la primera.

La reflexión del estudiante francés sobre los españoles y su forma de ser, coincide en mucho con lo dicho en otra parte de la novela por Carlos Santibáñez, pero la forma es distinta, pues mientras Santibáñez se expresa con rudeza y franqueza sobre él mismo y sus conacionales, el francés lo escribe en su carta de otra manera, más comedida, pero en el fondo afirmando lo mismo.

Con la pérdida de las colonias y su desgraciada guerra con Estados Unidos, España padece un complejo de inferioridad. Según los inteligentes todo es malo, nada sirve para nada, sintiéndose incómodos, se creen muy individualistas: se saludan muy ceremoniosamente, no respetan nada de lo suyo teniéndolo en lo más. ¿Entiendes? Yo regular, nada más. La enfermedad más generalizada: el escepticismo; los monárquicos no creen en la Monarquía, los Republicanos no creen en la República, los católicos no creen en la Iglesia.²²

Puede preguntarse si todo esto que Max Aub establece, tanto lo que hace decir a sus personajes españoles como lo que manifiesta el estudiante francés, como característico de lo español, tiene su origen y procedencia en los fracasos que culminan en el noventa y

²² P. 242.

ocho, o si bien son producto de la confrontación que debió hacer el mismo Aub cuando al experimentar el exilio conoció de cerca otras formas de ser, como la del mexicano, con la que convivió más de treinta años. Lo cierto es que todo lo que aquí queda establecido como perteneciente a la condición nacional española, no suele encontrarse en épocas anteriores a la señalada por la novela, y tampoco aparece repetida o mencionada por otros autores, por lo que puede considerarse como característico de la época en la que transcurre la novela.

También sería interesante confrontar esta visión de la forma de ser de los españoles, manifiesta en *La calle de Valverde*, con la que el propio Max Aub ofrece en su libro *La gallina ciega*, que cuenta sus experiencias en España (Barcelona, Valencia y Madrid, principalmente) en ocasión de su viaje en 1969, después de treinta años de ausencia.²³ La visión de 1926 muestra a los españoles después de tres años de la dictadura de Miguel Primo de Rivera. En *La gallina ciega* se les muestra después de treinta años de dictadura franquista. No es, evidentemente, una situación similar y la confrontación o estudio comparativo entre la forma de ser de 1926 y la de 1969 arrojaría alguna luz, principalmente sobre esta última.

La sublevación del Día de San Juan

La sublevación contra Primo de Rivera la manifiesta e informa en la novela Fermín Galán, un personaje que empieza buscando a Antonio María Sbert. Molina le da su dirección y cuando lo ve le anuncia que en la noche del 25 de junio se va a sublevar el ejército contra el general Primo de Rivera. La “sanjuanada”, como se conoce a este complot, falló y el régimen de excepción se mantuvo. Galán comunica a Sbert todos los pasos que se seguirán: las comunicaciones

²³ *La gallina ciega*, Editorial Joaquín Mortiz (Col. Confrontaciones. Los testigos), México, 1971, 419 pp. 2ª ed. 1975. Primera edición española, Alba Editorial, Barcelona, 1995, 619 pp., estudio introductorio, índice onomástico, notas y bibliografía de Manuel Aznar.

telegráficas quedarían a cargo de los estudiantes de ingeniería. El Regimiento del Rey subirá por el Paseo del Prado y llegará a la Plaza Cibeles poco después de la medianoche, los estudiantes se harían cargo de las comunicaciones. Participan en el movimiento el general Aguilera, el general Weiler y otros, republicanos como Marcelino Domingo. Según Rodríguez Malo, amigo de Santibáñez, no va a pasar nada. Efectivamente, fracasará el movimiento y nada se modifica.

La Guardia Civil avanza por la Castellana. Frente a Comunicaciones, cumpliendo lo acordado, Sbert pasa con el pañuelo al cuello, lo que significa que todo se suspende. ¿Por qué? No se dio el pronunciamiento militar. Cantueso lee en “Fornos” la nota oficiosa:

Un corto número de personas, cegadas, sin duda, por pasiones, ambición o despecho, venían intentando desde hace unas semanas la organización de un complot, fundándolo en que va transcurrido mucho tiempo sin gozar de las libertades ni del régimen constitucional puro. Añoran, por lo que se ve, los tiempos anteriores al 13 de septiembre, en que disfrutaban de eso, y además, del descrédito monetario, del desdén mundial, del desbarajuste en Marruecos, y de la ruina de la producción agrícola e industrial...²⁴

Como colofón del fallido movimiento de San Juan, conversan José Molina, Joaquín Dabella y Antonio María Sbert. Este último cuenta que se iba a iniciar en Cadiz y se cambió a Valencia, por su ambiente republicano. El general Riquelme se haría cargo de la Capitanía General, el presidente de las Cortes exigiría al rey la entrega del poder al general Aguilera. Weisler fue detenido en Mallorca. El coronel Segundo García, al parecer llevaba lo más de la conspiración y su chofer habló a la policía. Aguilera atacó la Capitanía General y se supo que otros jefes comprometidos no se echaron a la calle. Hubo una Real Orden que impuso multas a varios generales y el coronel Segundo García dejó de serlo.²⁵ Es posible que entre los

²⁴ Pp. 237-238.

²⁵ Pp. 266-268.

estudiantes hubiera inquietudes por la falta de un orden constitucional, pero resulta difícil pensar que lo mismo ocurriera entre los militares comprometidos en el movimiento. De todas formas, fue un movimiento desarticulado, falta de empuje y merece hacerse notar que al inicio del complot no hubiera una declaración de principios o de ideas explicativas sobre el por qué se producía el pronunciamiento y lo que se pretendía modificar era el orden de excepción establecido.

Simpatía por el rey y aceptación de la dictadura

Las opiniones de Joaquín Dabella padre, ministro de lo Contencioso Administrativo, en su conversación con el periodista andaluz Manuel Cantueso en el simón que los conduce al entierro de Abelardo, el marido suicida de María Luisa, son propias de los grupos conservadores. Dabella habla del rey diciendo que es muy castizo. Las anécdotas lo pintan como una persona simpática, informal, ajena a los formalismos.²⁶ Esta simpatía por el rey se manifiesta conjuntamente con su aceptación a la situación política establecida por la dictadura, pues ésta manifiesta una línea opuesta a las libertades ciudadanas, la política en primer término, pues la política viene a ser expresión de una participación ciudadana independiente.²⁷ El propósito de Primo de Rivera era liberar a España de los políticos profesionales. Dabella opina que Primo de Rivera es “exactamente el Gobernante que necesita España. Representa con tanta fidelidad a los españoles como el Presidente Doumergue a los franceses y Mussolini a los italianos. Por eso vamos bien, muy bien. Lo que no puede ser es lo que sucede hoy en Alemania o en Rusia.”²⁸ Esto es, el comunismo y el bolchevismo.

²⁶ Pp. 95-96.

²⁷ Pp. 127-128.

²⁸ P. 95.

Los curas y la educación superior

Se abrió a oposiciones la cátedra de griego, que dejó Miguel de Unamuno por haber sido exiliado. Se presentó un cura y esto fue motivo de manifestaciones, principalmente de los estudiantes. Van en grupo a manifestar su oposición a que un cura pueda quedarse con la cátedra de griego de Unamuno y esto obliga a las autoridades a cambiar el sitio donde se comunicará el resultado de las oposiciones. Esta expresión pública de rechazo es contraria a la Iglesia. En cierto modo, es considerar incompatibles a la Iglesia y la universidad. Entendiendo que ésta debe ser un espacio abierto a todas las tendencias y las ideologías

La política entendida como acción mediante oposiciones

El encuentro de Jaime Bordes y Carlos Santibáñez en un restaurante, da pie para ocuparse de diversos temas. Entre ellos, el de la política. Hay una afirmación inicial, en el sentido de que todo es igual ayer y hoy, sea Isabel II la que esté en el trono o sea Alfonso XIII. No descartan que, como en tiempos isabelinos, surja la República y también otra Restauración. ¿Por qué? Porque sucede que a todos les da lo mismo, pues basta ver que quienes pudieran hacer el cambio, o sea los jóvenes, se contentan con vivir del gobierno. Critican que la palabra “oposiciones” se use por igual para pretender cargos o designaciones, que para manifestar su disconformidad. “Putrefactos, como dicen ahora los jóvenes. Que, en el fondo y en la forma, son y están tan putrefactos como nosotros.”²⁹ El reclamo frente a esta forma de optimismo no lleva a la afirmación de que “lo único libre es el miedo. O el respeto, si quieres. Nadie se atreve a escribir lo que dice, ni a decir lo que piensa.” Lo que significa que la sujeción es total, pues ni se dice ni se escribe lo que se piensa. Es la censura, que “La respetamos con gusto, llevándola en la sangre” añadiendo enseguida algo que quizá no sea certero: “la historia se escribe según

²⁹ P. 273.

lo publicado.”³⁰ Y con referencia a los jóvenes, dicen que nacieron muertos, pues lo que buscan es sólo acomodarse, escriben como Benavente y Ricardo León y pintan como Sorolla y Picasso. ¿Y los obreros? Tampoco de esto puede esperarse algo, pues lo único que buscan es un mejor jornal. Surge en la conversación el nombre de Indalecio Prieto: “Prieto conspira con algunos republicanos; saben que no les puede pasar gran cosa. ¿Crees que se juegan la vida? También ellos hacen oposiciones.”³¹ Esta visión pesimista de la acción política de su tiempo se aclara si estas reflexiones se confrontan con la visión de la dictadura, que se verá un poco más adelante. Son, en buena medida, manifestación de lo ya dicho anteriormente, de que no pasa nada, todo continúa y las situaciones permanecen.

El trabajo del obrero y la política

Otra visión de la política nos la da Fidel Muñoz, obrero cajista de horario nocturno, al que hemos visto en otros aspectos. Los que se meten en política –comienza diciendo Fidel Muñoz– no saben lo que es trabajar, “lo que se llama de veras trabajar.” No se trata –dice– de pasársela sentado quemándose las cejas, porque eso no tiene nada que ver con el trabajo de las manos y las herramientas. Una cosa es hablar de reivindicaciones y de no permitir iniquidades y otra distinta es levantarse a las seis, con frío, hacer sus necesidades en un pozo mal oliente, beber como café una taza de agua caliente e ir al trabajo bajo la lluvia. Muñoz afirma que los que hacen la política no saben lo que es trabajar:

...el trabajo del obrero, el obrero solo, con sus manos, con su espalda, con sus piernas, con sus pies: truene o haga sol. A vosotros eso os parece fácil y dais lecciones de heroísmo corriendo delante de los guardias, jaleando que hay que luchar por las ideas, y recibir sablazos –de plano– como condecoraciones por los ideales.³²

³⁰ *Ibidem.*

³¹ P. 274.

³² p. 259.

Todo esto lo rechaza Muñoz, y no vale lo que vale el trabajo del obrero. “El trabajo, joven, ese es el meollo. Y si no lo entiende, peor para usted.” Y añade que el que sí entendía de estos problemas era don Julián Besteiro. La postura del obrero Fidel Muñoz es en buena medida de desconfianza con los teóricos de los problemas sociales y se explica que dé más valor al trabajo físico de las manos que al del estudio. El dar a don Julián Besteiro un reconocimiento aparte, también se explica por la significación que este luchador tenía en el planteamiento de los problemas sociales y laborales. Tan elevada era su imagen que la de los otros no podía igualarse a la de él.

La oposición política y el ejército

En el diálogo de Jaime Bordes y Carlos Santibáñez los temas se suceden. Opinan que lo que buscan los opositores es echar al rey y además pretenden el restablecimiento de las garantías, que ellos mismos suspendieron antes, muchas veces. Y por otra parte, el ejército nunca ha dejado de mandar. La conversación llega a conclusiones extremas: nada tiene remedio. “Como no sea la anarquía, el desmembramiento, las taifas. España ya no sirve, sobrevive, va tirando, la van tirando, dando bandazos. Lo cual no quiere decir que aquí no se pueda vivir.”³³ Santibáñez va al teléfono y cuando regresa informa: “–Agarraos, jóvenes: llevan a la cárcel a toda la directiva del Ateneo, por negarse a dar posesión a la nueva por Real Orden. Y a la pregunta “–¿Con Marañón y todo?”, la respuesta es rápida: “–Con Marañón y todo.” Queda la impresión de que lo sucedido en el Ateneo provoca una especie de satisfacción, es decir, que la dictadura tiene sus razones y la justificación de su proceder, aunque en la acción quede manifiesto un cierto sometimiento de los intelectuales frente al poder y al ejército.

³³ Pp. 277-278.

Literatura y novela

En el largo diálogo de Jaime Bordes y Carlos Santibáñez durante su comida en el restaurant *Lhardy*, surge el tema de la novela. Uno elogia a Pérez Galdós y el otro a Pío Baroja. Se mencionan porque Bordes ha dicho que quisiera escribir una novela, la “gran novela de nuestro tiempo”, como hizo Galdós con el suyo, pero el resultado que ha obtenido es otro: lo que escribe se parece a lo de Felipe Trigo o Ricardo León. Se identifican entonces dos tipos de novelas, aquéllas que revelan la vida de los personajes y las que muestran al autor a través de los personajes. Hablan de los amigos muertos y uno menciona que no ha escrito, “lo que quería, lo que creí deber.”³⁴ De los dos que conversan uno tiene cincuenta y nueve años, el otro cincuenta y cuatro. “Quien vale no envejece”, sentencia uno de ellos. Aunque aquí puede esperarse que las inquietudes de Max Aub son las que en realidad han imperado en el diálogo, es decir, que estos personajes de la novela evalúan la creación literaria como algo importante para el desarrollo de la sociedad y la cultura, de todas formas es válido contemplar estas reflexiones desde el punto de vista que ha animado este trabajo, como expresiones de la mentalidad de su tiempo.

Sobre la Academia Española

A los amigos reunidos en el *Lhardy* se incorpora Salvador Pérez del Molino. Éste les informa que ha sido invitado a entrar a la Real Academia Española. Como ya no escribe, sus amigos le dicen que acepte, que aunque en el pasado haya hablado mal de la “docta institución” ¿quién le tirará la primera piedra? En realidad, Pérez del Molino ya ha aceptado. “Debiera darme vergüenza y no: me halaga. Ahí queda lo que hice, no por eso variará. Y el título, o subtítulo, me satisface. ¿Entonces? No seré más que lo que fui.”³⁵

³⁴ P. 271.

³⁵ P. 283.

En el fondo, es un simple reconocimiento a la labor ya cumplida. Nada añade a lo logrado y que se le reconozca no está mal. El reconocimiento suele llegar tarde, o nunca. De ahí que no debe desdeñarse la invitación. En la bibliografía de Max Aub hay un texto titulado *El teatro español sacado a luz de las tinieblas de nuestro tiempo por Max Aub. Discurso leído por su autor en el acto de recepción académica el día 12 de diciembre de 1956. Contestación de Juan Chabás y Martí*, Madrid, Tipografía de Archivos, Olózaba, I, 1956, 39 pp., México, 1971. Max Aub nunca ingresó a la Real Academia Española y tampoco Juan Chabás, amigo de juventud de los tiempos de Valencia, cinco años mayor que Aub y que se exilió en La Habana, Cuba, donde murió. Todo se reduce a una broma literaria, en la suposición de lo que pudo haber pasado si no hubiera ocurrido la guerra civil y no se hubiera interrumpido la vida de estos y tantos otros escritores. La inclusión en *La calle de Valverde*, del episodio del ingreso a la Real Academia de Salvador Pérez del Molino, deja entrever alguna inquietud de Max Aub, al menos para testimoniar que el ingreso a la Academia se reduce a un reconocimiento por la obra realizada.

Casas de huéspedes en Madrid

Algunas observaciones sobre las casas de huéspedes en Madrid merecen recogerse por lo certeras y por describir una situación imperante en aquellos años. En una de las citadas cartas del hispanista francés Andrés Barillón a Jean Richard, aquél afirma que “Madrid es una inmensa casa de huéspedes en la que se albergan jóvenes que hacen oposiciones y viejos que las hicieron.”³⁶ Agrega: “La vida española en 1926, es una vida provinciana, a pesar de los adelantos de la guerra del 14, tiene mucho que ver con las otras ciudades españolas, cosa que no sucede en París y nuestras capitales de provincia.”³⁷ Más adelante explica el corresponsal francés: El hotel

³⁶ P. 246.

³⁷ P. 247.

significa independencia. En cambio en las casas de huéspedes sigue existiendo la familia (por la matrona). Habiéndolas de todas clases, se reducen a tres, “como en el tren”, las burguesas, las semiburguesas y las que quieren serlo. Los aristócratas no las frecuentan pues estudian en el extranjero y no hacen oposiciones; y los que viven en ellas las clasifican en tres clases: a) la primera clase para estudiantes de derecho, hijos de abogado, de registradores, de notarios, más los ingenieros y médicos. b) la segunda clase: estudiantes y opositores a correos, telégrafos, aduanas, mecánicos, etcétera: c) la tercera clase, compuesta por los reprobados, los suspensos, los que reprueban y no quieren irse de Madrid. Todo esto fue característico de la época que se describe en la novela, pues en la suposición de que entonces no había muchas universidades fuera de Madrid, esto obligaría a muchos estudiantes a trasladarse a la capital, o bien prevalecía el prestigio de la universidad madrileña sobre las demás, y también estarían los que ingresaban a las oposiciones y debían trasladarse a Madrid.

Las tertulias madrileñas

De las cartas del mismo corresponsal, un año después, en la del 2 de junio de 1927 se refiere a las tertulias en Madrid:

La mañana sirve para tomar el sol, ir a alguna clase. No da para más... Tertulia antes de comer, sin abusar. Comida, animada por charlas de mesa a mesa –cuando no son redondas–, tertulias de café, hasta las cuatro, pongo por término medio. Estudio, clases. A las siete, tertulia; a las nueve y media o diez, cena hablada; a las diez y media o a las once, cine, teatro o tertulia; a las doce o a la una, tertulia general. Se queda al tanto de todo, sin dolor. Muchos se ponen entonces a leer o a estudiar hasta el alba, hecha aquí para conciliar el sueño. Con buen sol se duerme poco; en provincias, la siesta complementa.³⁸

³⁸ P. 367.

Estas costumbres no sólo correspondieron a esta época y quizá se remontan a los años del siglo XIX. Ahora no prevalecen, al menos con la frecuencia que aquí se señala, seguramente porque ha cambiado la economía y las formas de utilizar el tiempo, que imponen necesidades de trabajo entonces muy distintas, por el costo de la vida. En todo caso, la tendencia de la vida moderna, sobre todo en las grandes ciudades, cada vez más sujeta a formas de convivencia limitadas por la ausencia de comunicación y por la soledad humana característica de estos tiempos, han afectado no sólo la permanencia de la tertulia en su concepción tradicional, que se cumplía en reuniones de poca gente en torno a una mesa, para realizarse, aunque no exclusivamente, en las barras de los bares o cafés existentes en todos los rumbos de la ciudad.

La dictadura de Primo de Rivera

Dejamos para el final este tema, que propiamente corresponde a toda la novela, pero que tiene en algunas páginas consideraciones especiales. Son muchas las referencias a la dictadura, unas directas, otras sin mencionarla pero puede reconocerse la naturaleza del hecho o la circunstancia que lo provoca. Por ejemplo, el estudiante José Molina es golpeado en la cabeza, en una reunión estudiantil en el Retiro, para hacer otro homenaje, paralelo al oficial, a Ramón y Cajal. Esto ocurre el 26 de abril de 1926. O bien el crimen que ocurre en la calle de Valverde: un hombre dispara a otro, en la calle. Más adelante, tres hombres hablan en un café y llega un cuarto para decir que mataron a una persona equivocada. Esto es todo, pero no puede dejar de relacionarse con la situación política imperante. Otra escena corresponde a Joaquín Dabella, estudiante, que sigue a Fidel Muñoz, padre de Margarita, después de ocurrido el crimen antes mencionado. Lo pierde en una farmacia de Atocha, 35, que es de José Giral, que será después presidente de la República en el exilio. En otra parte de la narración, el periodista Manuel Cantueso

y José Molina, el golpeado en la reunión sobre Ramón y Cajal, coinciden en afirmar que Fidel Muñoz, el padre de Margarita, “es de confianza”, indicación que permite concluir que los jóvenes son de ideas socialistas o republicanas. Es fácil, en todo esto, identificar que Muñoz entró a la farmacia de Giral para alguna acción política. Al periódico dirigido por Santibáñez llega Guillermo Manrique, al que Manuel Cantueso no da información porque se sabe cobra sueldo en la dirección General de Seguridad, es “oreja” del gobierno. Todos estos cabos van integrando a lo largo de las páginas una visión de la dictadura. El periodista Santibáñez afirma que los literatos (se refiere a los del 27) no se han manifestado políticamente, entre otras cosas porque la situación social no es crítica. En otra escena, un periodista afirma que “A la dictadura no la tirará nadie. Se caerá sola el día que se haga un buen chiste. Ahora corren muchos, pero malos.”³⁹ En la conversación que sostienen en el restaurant *Lhardy* Carlos Santibáñez, Jaime Bordes y Salvador Pérez del Molino, el primero dice a este último algo para molestarlo. Después de afirmar que los españoles deben levantarle un monumento a Primo de Rivera, dice: “La pura verdad. Los gobernantes de este tipo son de los que fecundan una nación.” Para agregar en seguida:

Primo cree que hace lo que quiere, sin darse cuenta que obedece la primera parte de su apellido. Otra maravilla: ha conseguido rejuvenecer y hasta dar una nueva virginidad –y vive Dios que no es fácil– a personas tan manoseadas por todas partes como Romanones o Sánchez Guerra; con lo que ha reunido en un solo mito dos españolismos: el de don Juan y el de la Celestina. Le ha dado una finalidad a la juventud: tirarlo.⁴⁰

Donde hay una mención más extensa sobre la dictadura es en las cartas de Andrés Carillón a Jean Richard. En la del 14 de septiembre de 1927, ya casi al final de la novela, el hispanista francés se refiere a la situación social en España en esos días:

³⁹ Pp. 186-187.

⁴⁰ Pp. 278-279.

Gracias al Director de Seguridad, aquí casi no existe el bolchevismo ni el separatismo catalán—como no sea en algunas notas oficiosas— ni nadie publica artículos contra el gobierno... Aquí no hay huelgas, ni propaganda soviética, ni oposición organizada, esto es una balsa de aceite gubernamental... Y, aunque hubiera algo de eso (porque, naturalmente, me muevo entre gentes que ven y oyen algo más de lo que se le sirve cada mañana) el país ignora en qué tiempo vive. Aquí reina la ignorancia, gran cosa si lo único que quieres es comer, dormir, amar lo más posible... Te habrás enterado que el Dictador se ha visto favorecido con 6'697,164 votos en el plebiscito que acaba de celebrar 'con grandioso éxito'. Esto se redondeará con la creación de una espléndida Suprema Asamblea Nacional que colmará de felicidad a los españoles, ya apartados definitivamente del gusano roedor de la política. Por aquí circula un documentillo que ha llenado de alegría al general, ya que le permitió reafirmar su seguridad de salvar al país limpiándolo de políticos profesionales.⁴¹

Una nota de pie de página a la palabra “documentillo” aclara que sin duda se refiere a uno de don José Sánchez Guerra, protestando por la Asamblea Nacional. No dejan de sorprender todas estas observaciones, pues la dictadura de Primo de Rivera terminará en 1930 y un año y meses después, en 1931, triunfó la República desatándose todas las corrientes que habían estado sometidas en aquel período de excepción, provocando los graves conflictos que debilitaron al gobierno republicano y lo llevaron a confrontar el levantamiento de 1936.

Es interesante ver que muchos años después, Max Aub no modificó su visión de la dictadura de Primo de Rivera:

...la Dictadura de Primo de Rivera fue una forma de gobernar el rey. No fue una auténtica dictadura. Desembarcando Alfonso XIII en Italia y diciendo al rey de Italia: *He abí mi Mussolini era una boutade.*

La prueba que la dictadura no fue nada serio es que ninguno de nosotros, ni siquiera Rafael Alberti que devino posteriormente un

⁴¹ P. 371.

gran poeta político, durante la dictadura escribió una sola línea que tuviera que ver con la política. Muy al contrario, en 1927, en ocasión del centenario de Góngora, hicimos todo lo posible por hacer “*arte por el arte*”, arte para la “*inmensa minoría*” término tan querido para Juan Ramón Jiménez, nombre casi desconocido en Francia y uno de los grandes poetas de nuestra época, que obtuvo el Premio Nobel.⁴²

*

Como se afirmó al principio de este trabajo, las anotaciones que anteceden no agotan el contenido de la novela de Max Aub. De todas formas, dan suficiente testimonio de su capacidad de recreación, a través de las ideas, las costumbres, las conductas y la manera de transcurrir la circunstancia de los tiempos de la dictadura del general Miguel Primo de Rivera. En varios momentos de la narración pareciera que el autor ha reconstruido algunos pasajes con notas y aun documentos o copias de documentos, de algunos sucesos importantes de la época, que llevó consigo al exilio y guardó durante años hasta el momento en que la novela fue escrita. Toda novela, por concepción y estructura, requiere tiempo para elaborarse. *La calle de Valverde* sin duda exigió mucho tiempo por la reconstrucción que implicó la narración de la vida de muchos de sus personajes y por el proceso de recoger los parlamentos, largos o cortos, en los que fueron recogiendo las ideas, comentarios y puntos de vista sobre tantos sucesos y acontecimientos de orden político, costumbrista, sentimental, social, familiar e ideológico en los que se desenvuelven las existencias recogidas en estas páginas. El resultado final exige que haya congruencia y cohesión en cada una de las partes de la narración y Max Aub logró ambas a lo largo de las casi cuatrocientas páginas en las que se contiene la novela.

⁴² André Camp, “Las memorias de Max Aub”, en: Varios, *El universo de Max Aub*, Generalitat Valenciana, Valencia, 2003, p. 71 (catálogo de la exposición del mismo nombre).

Cuando apareció *La calle de Valverde* en la edición de la Universidad de Xalapa, en Veracruz, los ejemplares se exhibían con una cintilla que decía: “Novela prohibida en España”. Contra la opinión de que esto sólo pudo ser una promoción de venta, puede leerse en el *Diario* de Max Aub, el 19 de diciembre de 1959: “Definitivamente, la censura española decide que no se publique ahí *La calle de Valverde*. Lo siento.”⁴³ En verdad es difícil pensar que esta novela hubiera podido publicarse en España en los años cincuenta o sesenta, no sólo por su contenido memorioso de una época pasada, sino porque los juicios y comentarios expuestos por sus personajes tienen validez histórica y testimonial y trascienden la época a la que pertenecen. Son objeto de censura en tiempos de sometimiento, no sólo porque también lo era el propio en que transcurre la novela sino además porque lo dicho y escrito en ella sigue siendo inaceptable en el momento en que se acuerda su prohibición. Ahora la novela ya fue publicada en España, lo que significa que lo que se cuenta en sus páginas, pasado ya el tiempo de la censura, que en definitiva es tiempo de ocultación, se considera historia, es decir, pasado.

⁴³ Max Aub, *Diarios 1953-1966*, edición, estudio introductorio y notas de Manuel Aznar Soler, Col. Memorias Mexicanas, CONACULTA, México, 2002, p. 160.